

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL TRABAJO

BAJO EL PUNTO DE VISTA FILOSÓFICO Y RELIGIOSO.

III.

Ciertamente que fuera ridículo pretender que los tratados de economía lo fueran á la vez de religion; vasto es el campo que aquella ciencia tiene que recorrer, y con sobra de materia para largas y profundas meditaciones le brinda la naturaleza misma de las cuestiones sometidas á su estudio. Pero quisiéramos que contase algo mas de lo que hasta aquí ha contado con los principios morales; porque así como la religion llamó en su auxilio las ciencias, y animándolas con su soplo divino, las convirtió en poderosos elementos de civilización, así tambien deben estas permanecer unidas con la que ha sido siempre su mas firme sosten y su mas segura guía.

Lo que aquí pasa es que, al tratarse de simples cuestiones políticas ó económicas, se ha creído que podían orillarse todas ellas estudiando la naturaleza de las sociedades humanas y ateniéndose exclusivamente á los principios generales de la razon. No negaremos que este estudio sea de absoluta necesidad, ya por los datos que suministra, ya por los riquísimos materiales de observación y experiencia que prepara: sin embargo, hay aquí un escollo que es necesario señalar, porque en él han zozobrado las teorías mas seductoras.

«La naturaleza, se ha dicho, ha sujetado los individuos y las sociedades á ciertas leyes ineludibles, que llevan en sí mismas su mas eficaz sancion. El individuo que infringe las leyes de la templanza, paga sus excesos con agudos dolores, con una caducidad precoz y hasta á veces con la muerte. La sociedad que traspasa los límites prefijados por la naturaleza misma en el orden político, económico y social, experimenta los trastornos consiguientes á su estralimitacion. De aquí nace la ley de la *responsabilidad*, que haciendo á los individuos y á las sociedades cautas y avisadas, y dotándoles de un rico fondo de experiencia, se convierte en vena fecunda de prosperidad y de progreso. Por lo mismo, han continuado, lo que importa es estudiar bien estas leyes, generalizar su conocimiento, aplicarlas en toda la estension posible, y dejar luego al tiempo el cuidado de hacer tangibles y evidentes los resultados.»

Esta doctrina, que hemos procurado condensar en breves frases, se la encuentra hoy en las principales esferas de la ciencia. En política está compendiada en aquellas célebres palabras: *los males de la libertad se curan con la libertad misma*; ó en otros términos, en política toma la denominacion de *derechos individuales*, en religion la de *libertad de conciencia*, y la de *libre cambio* en economía; fórmulas que no son sino tres fases de un mismo sistema, tres aplicaciones distintas de un mismo principio general, es decir, la ley

de la *responsabilidad*, considerada como elemento esencial de toda civilización, como idea matriz y generadora de todo progreso.

No es nuestro ánimo rebajar en lo más mínimo el valor de la responsabilidad bajo el punto de vista de su influencia sobre los individuos y las sociedades; antes por el contrario le damos muchísima importancia, por considerarla como uno de los principales instrumentos de que se vale la Providencia para realizar los altos destinos de la humanidad. Pero creemos que por sí sola no basta para explicar el pasado, ni ofrece para lo porvenir una sólida garantía.

¿No existe acaso la ley de la responsabilidad desde el origen de las sociedades humanas? ¿No se desarrollaron estas por ventura al través del tiempo y del espacio con estricta sujeción á aquella ley? Véase sin embargo, si fueron muy importantes los progresos políticos, económicos y sociales de la especie humana antes de la aparición del cristianismo. Entonces como ahora el individuo infractor de las leyes de la naturaleza ó de los preceptos de la moral espiaba su falta con todo el rigor de las consecuencias que de esta infracción se derivan; entonces como ahora las sociedades que pisaban los límites de lo prohibido, encontraban más allá las perturbaciones de la anarquía y los horrores del caos. No obstante, de poco sirvieron las elocuentes lecciones de la experiencia, escasos fueron en resultados los terribles escarmientos de la responsabilidad. Si el cristianismo no hubiese venido á vivificar con su generoso aliento aquellos miembros petrificados por el marasmo, las sociedades no hubieran salido jamás de la infancia en que penosamente vejetaban. Y sino, díganos qué frutos políticos sacó la decrepita Roma en tiempo de los Césares de la tiranía de estos monstruos y de los desmanes de un puñado de aventureros, que ponían á pública subasta la púrpura imperial, disponiendo á su antojo del antiguo cetro de la señora del mundo? qué benéficos resultados sociales produjeron las guerras de los esclavos y demás trastornos nacidos de la pésima organización del antiguo mundo? Si la sola ley

de la *responsabilidad* basta para hacer á las naciones más cautas y previsoras, si en ella sola estriba toda la razón del progreso, ¿cómo se explica que aquellas sociedades tan recientemente sacudidas no escarmentaran jamás en cabeza propia, no sacaran provecho alguno de las repetidas lecciones de tan ruda y costosa experiencia?

Países hay en donde no ha penetrado todavía la civilización cristiana; allí el abyecto vasallo besa la planta que le oprime, sufre todos los rigores de un despotismo brutal, tolerado y consentido: y sin embargo, ni una idea de libertad cruza jamás por aquella mente envilecida, ni una chispa de entusiasmo calienta jamás aquellos corazones agostados.

No fuera difícil multiplicar los ejemplos tomándolos hasta de las mismas naciones civilizadas. Ved á Méjico devorada por la anarquía, ¿cómo es que allí los abusos de la libertad no hayan encontrado en la libertad misma su correctivo?

En vista de estas reflexiones, obvias á cualquier entendimiento, no acertamos á comprender cómo pueda sostenerse la absurda teoría de que la libertad corrige de por sí sus propios extravíos, sin que para ello sea necesaria la directa intervención de las leyes; no acertamos á comprender la teoría de que toda cuestión, sea política, económica ó social, haya de resolverse por sí sola con el curso del tiempo combinado con la lenta acción de las leyes naturales que rigen á la humanidad. Para nosotros también el tiempo y la experiencia son dos poderosos auxiliares de la civilización de los pueblos; pero no tenemos una fe tan ciega y absoluta en la eficacia de estos agentes naturales, ya por las razones arriba indicadas, ya por otras *á priori* que vamos ahora á indicar.

Que el hombre pueda abusar y abuse de su libertad, es un hecho tristemente cierto por desgracia, no siéndolo menos que este abuso, lejos de servir por sus fatales resultados de freno á la libertad, es un estímulo que la incita á cometer nuevos desmanes, es una rápida pendiente en la cual nunca se dá el primer paso sin rodar hasta el fondo del

abismo. Pocos son los hombres, que subyugados por una pasión, hayan encontrado en ella un eficaz correctivo. Otro tanto, y mucho más todavía, puede afirmarse respecto de una sociedad; una vez desbordada, no solo no vuelve á encauzarse su corriente, sino que la inundación avanza destruyendo cuanto al paso encuentra, hasta tanto que un genio superior la domina y la fuerza á retroceder, dándole la dirección conveniente y haciéndola seguir una marcha tranquila y sosegada. Pruebas dá de conocer poco al hombre y las pasiones que en su pecho anidan, aquel que se imagina que estas naturalmente ceden y amainan su furor, al encontrarse á orillas de un precipicio. Aun en el fondo del abismo se levantan fieras y amenazadoras, y en su impotencia rugen de despecho y de coraje, aguardando la ocasión oportuna de lanzarse de nuevo sobre el mundo y remover sus cimientos. De aquí nace la suma dificultad de resolver cumplidamente los problemas de la moral pública y privada, solución que es la base de todas las soluciones posibles, políticas, económicas y sociales; porque claro es que una vez conseguido poner en su debido punto la moral, se hubiera dado un gran paso en la senda del verdadero progreso, pues hubieran desaparecido los principales obstáculos con que tropiezan y luchan aquellas ciencias prácticas, á las que está confiada la dirección de los negocios más árduos y trascendentales. Por esta razón es que no comprendemos la extraña teoría del *laissez faire*, que todo lo espera del tiempo y de las lecciones de la *responsabilidad*.

Fundándose en ella es que se dice que la economía no ha menester los auxilios de la religión para prosperar y progresar. «Es cierto, se añade, que se ha trabado una lucha formidable entre el trabajo y el capital, que el socialismo se organiza y sus filas van engrosando; pero no importa, dejad obrar libremente las causas naturales, *laissez faire*, y vereis como el socialismo se convence de sus errores y viene á rendir homenaje á la verdad. Dejad circular libremente cualesquiera utopías, cualesquiera doctrinas deletéreas; sus resultados las argüirán de impotencia, sus per-

niciosos efectos las castigarán severamente, y vereis cómo sin salirnos del círculo del mundo material y positivo, encontramos cuanto sea menester para organizar y dirigir á la humanidad.»

El menos lince echará de ver á simple vista que semejante teoría no es otra cosa que el sistema utilitario puro y neto. Porque efectivamente, desde el momento en que la ciencia económica no ve más que intereses materiales, desde aquel momento la bondad de un sistema y la moralidad de una acción deberá medirse necesariamente por los resultados prácticos que obtengan. Y en tal caso, ¿qué es la moralidad? á qué queda reducida la verdad misma? A nada, á nada absolutamente, es decir, á una cuestión de pura apreciación, que cada individuo examina y resuelve por el criterio de sus propios intereses, de su conveniencia y hasta de su temperamento. Entonces toda discusión es punto menos que inútil; y sino probad á rebatir al socialista empeñado en realizar sus dorados sueños. ¿Qué le direis? ¿Direisle que su proyecto es descabellado, que una vez abolido el derecho de propiedad desaparecería todo estímulo al trabajo y con él todas las fuentes de la riqueza, que la posición del proletario de ahora sería entonces más precaria y angustiosa, y que socavados los cimientos de la sociedad en breve quedaríamos todos sepultados debajo de sus inmensas ruinas? El socialista os responderá con una sonrisa de ira y desprecio en los labios: «Vah! se conoce que vosotros sois de aquellos que rinden culto interesado á la diosa de la fortuna. ¿Qué extraño es que os parezca absurda y subversiva nuestra proposición á vosotros que devorais impunemente la sustancia del pueblo? á vosotros que paladeais ricos manjares, que dormís en cama blanda y regalada, que arrastrais lujosos coches, mientras nosotros estenuados de cansancio y de fatiga nos tendemos en un duro jergon, y acosados por el hambre comemos el negro pan reblandecido con nuestro sudor y no pocas veces con nuestras lágrimas, y para colmo de irritación y amargura al salir de nuestras casas vemos insultada nuestra miseria por el lujo y las

orgías de los que derrochais el fruto de nuestro trabajo? Decís que el socialismo trastornaría la sociedad; decid mas bien que haría cesar el trastorno que ahora impera en provecho de unos pocos, sin que sea permitido á los demás participar ni de las migajas siquiera afirmáis que el valor de una teoría y su moralidad deben graduarse por los resultados que caen de vuestra espléndida mesa. ¿No útiles que produzcan? No negaremos que vuestra *utilidad* estriba en la actual organizacion social, que os proporciona goces en abundancia; pero la nuestra, la *utilidad* de la inmensa mayoría, que trabaja sin tregua, que sufre sin esperanza, sin presente ni porvenir, no estriba, no puede estribar en semejante desorden.»

Francamente, no vemos que es lo que pueda oponerse á semejante argumento, una vez admitidos aquellos antecedentes. Si la bondad de una causa debe juzgarse única y exclusivamente por sus resultados, ó sea por su utilidad social, queda desde luego abierta ancha puerta á los mas subversivos ensayos, á los errores mas monstruosos que pueda abortar una cabeza calenturienta; porque la utilidad es cosa puramente relativa, y por tanto diversamente apreciada, según sea el lado por el que nos empeñemos en examinarla. Ciertó que la idea que de la utilidad se ha formado el individualista difiere notablemente de la que el socialista acaricia en su exaltada imaginacion. ¿Cuál de las dos es la verdadera? Si solo los resultados pueden decirlo, el caso es todavía muy dudoso, y en consecuencia no asiste derecho alguno para negar al socialismo carta de naturaleza y amplia libertad de accion en el terreno de la práctica, único en donde se prueba con argumentos concluyentes y decisivos el valor de una doctrina.

«Pero, insistís, el caso es que una idea absurda no llega nunca á plantearse definitivamente. La sociedad que en tan peligroso camino se empeñe, echará de ver muy luego el abismo que se abre á sus piés, y espantada retrocederá en seguida, verificándose en virtud del principio de la *responsabilidad* y del equilibrio de las leyes sociales que se restablecerá

el orden, y la sociedad escarmentada tendrá una ilusion menos y una leccion mas, cuyos admirables efectos se tocarán un su porvenir no lejano.»

«Mas ¿quién os ha dicho que puedan repararse en largo tiempo los desastres ocasionados por la aplicacion de aquellos erróneos principios? quién os asegura que una sociedad, al llegar á cierto grado de postracion y desfallecimiento, pueda recobrar nunca su primitiva robustez y lozanía? ¡Desgraciados de nosotros si la perfectibilidad humana hubiese de desenvolverse siempre y en todas partes bajo tan funestas condiciones! Desgraciados de nosotros si para progresar tuviéramos que hundirnos antes en el caos! si para adornar y embellecer el edificio social tuviéramos antes que demolerlo!

Desengáñese pues la ciencia económica; si no es religiosa, fuerza es que se precipite en los mas funestos errores. Puede que ella inspirada por el propio interés olvide la lógica de sus principios, pero esté segura de que no la olvidará el pueblo hostigado por la miseria y la devoradora sed de goces materiales.

JUAN MAURA PRO.

JESUCRISTO.

IV.

Hemos procurado demostrar á la simple luz del raciocinio que el dogma de la divinidad de Jesucristo, tal como lo reconoce y confiesa hoy la Iglesia católica, fué proclamado desde el momento en que sus discípulos predilectos empezaron á desempeñar el árduo ministerio que él mismo les habia confiado. Y esta no es una cuestion de mera cronología. Si el nombre de Jesucristo, cubierto con la reciente ignominia de la cruz, sin graduales transiciones pasó de un salto á la apoteosis mas extraordinaria, mas gloriosa y duradera que han visto los siglos, fuerza es confesar que este hecho excepcional es de tal manera asombroso, que la razon se ve perdida en un laberinto del cual no puede salir sin el hilo de oro que la fe está pronta á suministrarle. Admitida la verdad del hecho histórico, es preciso admitir la altísima verdad religiosa que sola puede explicarlo. Hay entre una y otra la estrechez de relaciones que entre una premisa y su indeclinable consecuencia.

La idea de divinizar al hijo de María no hubiera podido brotar sino en espíritus conmovidos por la predicación evangélica; pero precisamente la *buena nueva* que se anunciaba á los pueblos consistía en la revelación de este dogma capital que así sorprende y contraría el orgullo de la razón humana. Este dogma no es el complemento, es la raíz del cristianismo.

Dios hecho hombre, Jesús de Nazaret verdadero Dios y hombre verdadero, fué el punto de partida de la nueva doctrina, que se proponía sujetar el arbitrario vuelo de una inteligencia presuntuosa, al mismo tiempo que declaraba la guerra á todos los instintos del corazón corrompido. Al exigir este doble sacrificio á cada uno de sus adeptos, claro es que no podía envolver en términos equívocos la razón en que se apoyaban tan singulares pretensiones. No podía menos de ser explícita al designar la gerarquía de aquel de quien aseguraba provenirle el posesorio de sus derechos. ¿Cómo producir una convicción irresistible, dejando el punto más esencial á merced de la confusión y de la duda?

Obsérvese que esta doctrina, al emprender su asombrosa carrera, no llevaba por auxiliares ninguno de los medios hasta entonces conocidos para allanar los obstáculos de su camino. Bajo cierto aspecto se hallaba tan desprovista de recursos persuasivos, como sus propagadores de recursos materiales. No se prometía deslumbrar con la sonoridad y magnificencia del lenguaje, ni cautivar con la trabazón é ingeniosidad del razonamiento. Profundas especulaciones como las de Platón, silogística vigorosa á la manera de Aristóteles, florida elocuencia como la del orador romano, nada de esto tenía á su servicio. Para ella la dialéctica y la retórica eran armas cuyo manejo ignoraba; y del piélago inmenso de la historia solo entresacaba los símbolos y profecías, para afirmar que había sonado ya la hora de su cumplimiento. Todo su arte se hallaba reducido á la energía de la sencillez. La nueva doctrina no se probaba, se imponía: se imponía en nombre de Jesucristo, y al hacerlo así ¿puede suponerse que no estuviera bien deslindado el título de autoridad, único argumento que se invocaba y que tan maravilloso éxito producía? ¿Puede suponerse que fuera circunstancia indiferente la de hablar en nombre del único Sér increado, ó en nombre de un simple mortal más ó menos favorecido de la divinidad? ¿Cabe en el sentido común que al arrostrar los peligros de su laboriosa misión, los apóstoles se abstuvieran de fijar de una manera terminante la calificación, el distintivo del nombre con que debían encabezar sus credenciales?

Los que se resisten á doblar su cerviz ante las augustas afirmaciones del cristianismo, dirán de sus primeros partidarios que se les había imbuido una idea falsa, mas no podrán decir que abrigasen una idea vaga é indeterminada respecto á la naturaleza y gerarquía de su maravilloso fundador. Era en Judea donde tenía su cuna la nueva religión; y en esta arca donde las puras nociones de la divinidad se salvaran del comun naufragio, no se reconocían las extravagantes genealogías, las deidades fabulosas que hormigueaban en las tradiciones populares del paganismo, ni tampoco las creaciones intermedias, las emanaciones progresivas con que soñara el misticismo de los orientales. Allí cualquiera cosa que no fuese Dios distaba infinitamente de serlo; y este abismo insondable no podía cubrirse como un pequeño foso echándole cada día un puñado de tierra. Del seno del mosaísmo no podía nacer la idea de hacer de Jesucristo un *eon* ni un *semidios*; y si como á perfecto ejemplar de todas las virtudes, como á jefe invisible de la naciente Iglesia se le hubiera designado simplemente á la veneración de los fieles, no hubiera podido este sentimiento, sin provocar conflictos ruidosos, transformarse en el grado supremo de adoración y de culto. No podía llegarse á ese término por una serie ascendente de solemnes ritos, de piadosos encarecimientos, de entusiastas calificaciones.

No hay que imaginarse un cristianismo hipotético, en el cual la persona del Crucificado no representase más que las condiciones de legislador ó de profeta: si en algún tiempo hubiera existido, el cristianismo actual no sería la continuación ni la reforma ni la exageración del primitivo, sería una institución nueva y diferente, puesto que descansaría en una base desconocida en la antigüedad. No podría decirse que es uno mismo el símbolo de los que le habrían dado tan opuestas interpretaciones; y por más que lo repugne el filosofismo, lo que constituye una religión no son tanto sus preceptos morales, como los dogmas que de las demás la distinguen. Este es el sello que las caracteriza.

Y si hubiera existido aquel cristianismo humano, ¿dónde? ¿cuándo? bajo qué influencias? por qué cúmulo de circunstancias se hubiera formado nuestro cristianismo divino? Suponiendo, y es mucho suponer, que esa transformación de las ideas religiosas hubiera podido verificarse burlando la vigilancia de los prelados y pastores, ¿cómo es que la Iglesia no se sorprendió un día al ver adulterada su doctrina? ¿Cómo es que tan importante evolución se haya escapado á los ojos perspicaces de la crítica y de la

historia? ¿Somos de ayer, ó contamos alomenos con catorce ó quince siglos de existencia? ¿Sería posible que una revolucion que ha cambiado la faz de la tierra se efectuase con tanta suavidad y sigilo, que ni un solo estremecimiento se dejara sentir en el cuerpo social? ¿Sería posible que un hecho tan grandioso, tan influyente y que por cierto no arranca de los tiempos fabulosos, tuviera su origen completamente perdido en las tinieblas? Y el cristianismo antiguo, ¿qué se hizo? de qué manera pudo evaporarse? ¿Cómo es que de él no hayan quedado ni siquiera reliquias dispersas en algun rincón de la tierra? A ser así, el protestantismo las hubiera recogido. En su ciego afán de substraerse á la autoridad legítima, no reparaba en oponerse estúpidamente á la lógica, en desatar los respetados eslabones de la tradicion, en abrir una inmensa lacuna en las páginas de la historia. Desgajaba una á una las ramas de su árbol genealógico, y se desposeía voluntariamente de una herencia de doce siglos para satisfacer los malhadados caprichos de su orgullo. ¿Con qué fruicion no hubiera desenterrado el cadáver del cristianismo primitivo, él que se jactaba de ser su genuína y verdadera continuacion por tan largo tiempo interrumpida! Mas, ni sus críticos, ni sus doctores, ni sus eruditos han podido encontrar nunca el sepulcro ni los restos de ese cadáver imaginario: y á pesar de sus antipatías á la Iglesia católica, de su audacia en producir nuevas esplicaciones, de su avilantez en alterar los más esenciales dogmas, el protestantismo tuvo que admitir y reconocer y proclamar en alta voz la divinidad de Jesucristo. ¿Dirá la filosofía incrédula que sus maestros nada sabian de historia? ¿Dónde, dónde están los nuevos documentos con que ella ha enriquecido sus archivos?

No fueron las generaciones sucesivas las que, pasmadas del prodigioso incremento que habia tomado la evangélica doctrina, pudieron ilusionarse de tal modo que intentasen ennoblecerle más y más, atribuyendo á su autor un carácter hasta entonces no reconocido. Al contrario, de vez en cuando salian de estas mismas generaciones individuos aislados que con sus heterodoxas opiniones se arrojaban á temeraria lucha contra la creencia de sus mayores. No era que la piedad se esforzase en realzar, era la heregía que se encarnizaba en deprimir la persona de Jesucristo. A trueque de despojarle de su esencia, divina consentia en concederle un origen preternatural, una existencia privilegiada, una naturaleza singular é incomprendible. Como á los reyes á quienes se destrona y se les deja una pen-

sion alimenticia, pudiera decirse que se avenia á tributarle honores semidivinos, con tal de no confesar su divinidad absoluta. Y si la historia de la predicacion apostólica, que tan fresca se hallaba en la memoria de los novadores, les hubiese dejado el menor asidero, cuando la Iglesia imprimia en sus frentes el sello del anatema, cuando les condenaba á la execracion de los fieles, cuando les espulsaba de su seno como á leprosos, ¿no le hubieran contestado: «No, no somos nosotros los sacrílegos, no somos los primeros Ozas que tocamos el arca de la alianza, no somos los que hemos dado el ejemplo de la innovacion en los dogmas capitales del cristianismo»? Pero la Iglesia, fuerte con el posesorio exclusivo de la verdad, robustecida por la antigüedad de sus creencias, afianzada en la legitimidad de sus derechos por la uniformidad y constancia de sus tradiciones, era inatacable por este lado. Su divisa está en la inmutabilidad de sus dogmas, y esta ni la pueden contrahacer ni se la pueden usurpar sus adversarios. Así por más que con rabioso encono levantasen de trecho en trecho densas humaredas para robar esplendores al astro del día, desvaneciáanse en breve sin que de ellas quedase rastro; y la divinidad de Jesucristo, sol eterno, sin eclipse, y sin ocaso brillaba espléndido y sereno sobre la faz de la tierra.

En vano quiere el hombre substraerse á las inexorables leyes que le obligan á humillar su cabeza. Si se obstina en desconocer los misterios de la religion, tropieza con los misterios de la historia, que ni le traen el sosiego en sus agitaciones, ni el consuelo en sus amarguras, ni la esperanza en sus desalientos. Dos lumbreras arden en su espíritu para guiarle en las escabrosidades de su camino: la fe y la razon. Sus respectivos destellos ni se confunden ni recíprocamente se eclipsan. La razon demuestra la necesidad de la fe, la fe explica la insuficiencia de la razon. Cuando con desmedido afán se pretende avivar los fulgores de esta á espensas de aquella, cuando se presume que será más viva su luz estinguiendo la lámpara del santuario, justamente permite el cielo que queden frustradas tan locas esperanzas; y el hombre camina con desatentados pasos en la oscuridad, porque al cerrar voluntariamente los ojos se ha vuelto como un ciego de nacimiento. Es fuerza convenir en ello: el eje del mundo moral es el dogma de la divinidad de Jesucristo, y aun cuando se le quiera considerar como un hecho problemático, la razon y la fe están acordes en la solucion de este problema.

T. AGUILÓ.

CRÓNICA.

En la semana primera de noviembre el sumo pontífice recibió á una comision de la *Juventud Católica* italiana, uno de cuyos individuos leyó un enérgico mensaje, redactado y aprobado por el consejo superior y por los representantes de los diferentes círculos de dicha sociedad esparcida por toda Italia. El padre santo les contestó con un largo discurso.

En Roma se espera mucho de estas asociaciones esparcidas por toda Europa, y que van adquiriendo gran vuelo en toda América, principalmente en la meridional. Tiéneselas, y con razon, como una prenda del favor divino que anuncia la restauracion social del mundo por medio de la nueva juventud. El cardenal de Bonnechose, segun escriben de Roma, es uno de los prelados á quienes mas preocupa la suerte y el porvenir de la *Juventud Católica*: el eminente prelado cree que esta no debe desconocer una necesidad urgente en los tiempos presentes, la de que en la direccion y movimiento de estas asociaciones tenga inmediata participacion é influencia el clero, no solo para mantenerlas siempre dentro del mejor espíritu cristiano, sino porque los católicos, por lo mismo que los demás odian y desprecian al clero, deben mostrarle sincero cariño y adhesion.

El dia 10 recibió el papa á varios patricios romanos que se dedican á la direccion y fomento de escuelas católicas, manifestándoles su deseo de que su conducta encuentre imitadores en el mundo cristiano. En seguida recibió en audiencia á una diputacion de señoras de Albano, y elogió el celo que despliegan por las buenas obras, especialmente por la educacion cristiana de los niños. He aquí un extracto de su discurso:

«Habeis dicho que Jesucristo subió á los cielos, y que sin embargo continúa morando sobre la tierra. Así es la verdad. Permanece sobre la tierra por el celo, por el espíritu de todos los que lo representan: ha quedado en la tierra con los mártires que han derramado su sangre por la fe y por su amor á él, con los confesores que han practicado tantas virtudes y que emprenden tantas obras santas para su gloria y para la salud de las almas, ha quedado con la Iglesia. Jesucristo está en el cielo, pero desde allí mira á los que trabajan por su gloria y por el bien del prójimo. Desde el cielo os contempla á vosotras tambien, y os ayuda en la meritoria obra que habeis emprendido de preservar de la corrupcion á la juventud femenina.

«Puesto que os dedicais á una obra tan edificante, tan útil y tan necesaria, espero que la continuareis con fervor y constancia. No hay persona en el mundo que pueda dispensarse del trabajo, porque cada cual tiene la obligacion de trabajar por la salud de su alma y por la de los demás. Concedaos Dios la fuerza necesaria para continuar la santa empresa á que os habeis dedicado.

«Esas religiosas que veo á vuestro lado me parecen las *Hermanas de san José*. A este santo es preciso recurrir en las actuales circunstancias, puesto que su proteccion es eficazísima, sobre todo ahora que es el patron de la Iglesia. A propósito de esto, recuerdo una cosa que me causó una agradable impresion y que voy á manifestaros. He visto una pequeña imágen que representaba á san José con el niño Jesus, que señalaba con el dedo estas palabras: *ite ad Joseph*. Lo mismo os repito: acudid con devocion y confianza particular á san José.

«Entre tanto os bendigo, y deseo que mi bendicion se estienda á Albano y á toda su diócesis. Bien sé que en Albano, como en todas partes, hay escándalos y maestros que siembran la incredulidad. Espero que el Señor os dará la fuerza de resistir á estos escándalos, y os conservará siempre al abrigo de la corrupcion que los malos procuran esparcir por todas partes.»

Entre las numerosas y distinguidas personas á quienes el papa recibió en audiencia el 15 del corriente, se contaban el ministro del Perú cerca de la santa sede, la diputacion del

óholo de S. Pedro, y la condesa de Fuentes noble y distinguida dama española.

La congregacion de Ritos se reunió el 21 para tratar de la canonizacion de Benito Labré: su santidad asistió á la reunion. Tambien se trata al parecer de la beatificacion del papa Eugenio III discípulo de S. Bernardo.

Despues de terminada la audiencia que el 21 concedió el papa al gran duque Nicolás, este se dirigió á visitar al cardenal Antonelli, durando una hora la entrevista.

El gobierno italiano ha mandado presentar al Vaticano el título de renta concedido al papa por la ley de garantías; una carta del ministro de Hacienda acompañaba el envío. El cardenal Antonelli ha contestado que el papa no podia recibir una cantidad, cuya oferta argüía la aplicacion de una ley no aceptada por la santa sede.

A la misa de rogativa celebrada en Versalles asistieron en primer término los Sres. Thiers y Grevy, los vicepresidentes y secretarios de la asamblea y un gran número de diputados. El obispo de Versalles pronunció un magnífico discurso. Se hizo una cuestuacion á favor de los alsacianos.

Han empezado en toda Francia las rogativas públicas ordenadas por la asamblea, para que Dios bendiga sus tareas y se apiade de la desgraciada nacion. Admirables son los preparativos que los católicos han hecho para cumplir debida y solemnemente este deber religioso y patriótico, sin que hayan servido para otra cosa que para realzar este pensamiento laudabilísimo las calumnias, burlas y falsas especies de la prensa revolucionaria, de esa prensa que tiene periódicos tan patriotas que ni han abierto en sus columnas suscripcion para el socorro de los alsacianos y loreneses, ni tienen suscritores que contribuyan á esta obra con un solo franco.

El domingo 10, segun las últimas noticias, tuvo lugar la ceremonia religiosa en Nuestra Señora de Paris, con una pompa y brillo propios de la gran ciudad y de la gran iglesia. Ofició el señor arzobispo de Paris asistido de otros dos prelados. Concurrieron una comision de la asamblea presidida por el mariscal Baraguey-D'Hilliers, y diputaciones de todos los altos cuerpos científicos, administrativos y municipales. El general Ladmiraull gobernador de Paris, que habia pedido doscientos asientos, asistia con un brillante y numeroso séquito. La música de la guardia republicana contribuyó al esplendor de una fiesta que los buenos franceses dedicaban á la salvacion de Francia.

¡Qué Dios oiga sus votos!

Un decreto del ministro de cultos de Prusia acaba de ordenar la disolucion de la Sociedad de Santa Maria, formada de estudiantes católicos. En apoyo de esta nueva prueba de lo que quiere y pretende el gobierno prusiano, se aduce que esta sociedad estaba dirigida por los jesuitas.

Mientras el gobierno aleman persigue y destierra á los miembros de las órdenes religiosas, se ve precisado á recompensar los servicios que tienen prestados en la guerra franco-prusiana. Diferentes noticias hemos dado sobre esto: hoy vemos que 142 franciscanos de la provincia de Paderborn han recibido la medalla militar por aquel concepto.

El comité protestante de Osnabruck acaba de declarar que se adhiere á las opiniones del *Memorandum* del episcopado católico aleman, y que niega al gobierno la facultad de atacar las libertades de las comuniones cristianas.

Dias pasados hizo en Valencia su solemne abjuracion del mahometismo Vicente Marco y Soldevila, que en aquella religion tenia el nombre de Abd-ala, y de cuya apostasia y retorno á su patria y al catolicismo dimos cuenta en el número 193 pág. 296.

Un numeroso público invadia la iglesia de Santo Tomás, ansioso de ver una ceremonia tan rara en estos tiempos y que quizás en muchos años no se haya practicado. Acia

las nueve y media el clero y las comisiones de la Asociación de Católicos y Juventud católica, precedidos de la cruz, salieron á la puerta de antemano cerrada, para recibir al nuevo convertido. El R. Sr. Palmero, que celebraba el oficio, le condujo al altar mayor, donde hizo de nuevo la protesta de fé católica; recitadas varias oraciones, y despues de implorada sobre él la gracia divina, con voz clara y sonora hizo la abjuracion de sus errores, prome iendo fidelidad á la Iglesia y obediencia al sumo pontífice y demás autoridades eclesiásticas.

Los dulces acentos del órgano y la voz de los sacerdotes y seminaristas que asistian á la ceremonia y que entonaban el *Te Deum*, hicieron comprender que de nuevo habia sido Abd-alá admitido al seno de la Iglesia, cambiando aquel nombre por el de Vicente que recibiera en el bautismo.

Concluido este acto, el Sr. Palmero subió á la sagrada cátedra, pronunciando un notable discurso. Despues de hacer comprender lo grandioso del acto que todos presenciaban, hizo rápidamente la historia de aquel nuevo hermano, presentando las vicisitudes que habian hecho de él un renegado y un verdadero musulman. Con bellos coloridos pintó los contratiempos que tuvo que sufrir y la grandeza de su alma, pues habia abandonado las delicias de su hogar, en el que con una dulce compañera suya, á quien todavia adoraba, gozaba de una cómoda posicion, por volver otra vez á la gracia del Dios de quien habia renegado. Concluyó rogando al auditorio pidiese á Dios por Fátima, mujer infortunada del nuevo convertido, para que atraída por el amor de su esposo y de sus hijos, viniera á nuestra fé, coronando de este modo la felicidad de su esposo.

El Sr. Palmero con su elocuente discurso dejó enternecido al numeroso público que le escuchaba. La misa de Mercadante, hábilmente ejecutada por la capilla del seminario, puso fin á esta fiesta cerca de las doce y media de la mañana.

La niña del converso habia sido recogida por las hijas de san Vicente de Paul, y de los niños cuidaban dos instituciones eminentemente católicas, la Asociación y la Juventud católicas.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

DESGRACIA DE LAS NACIONES QUE DESPRECIAN Á JESUCRISTO Y PERSIGUEN Á SU IGLESIA.

No se puede ser católico, ni cristiano siquiera, sin estar profundamente convencido de que irroga males de grave trascendencia el menosprecio de la persona y de la ley santa de Jesucristo. En grande y verdadera desgracia incurre el que se hace reo de tan enorme sacrilegio ó de tan punible desacato. Quien reconozca en el hijo de María la altísima dignidad de Hijo de Dios, tiene que admitir el origen celestial de su doctrina, la que viniendo de tan alto no puede carecer de la condicion de universalidad ni del carácter de obligatoria para todo viviente dotado de razon y de libre alvedrío. Dios escogió á un pueblo y lo segregó del resto de las naciones; pero Jesucristo dijo á sus apóstoles: id y enseñad á todas las gentes. Por esto su doctrina ha sido predicada en todo el orbe, no para que fuese unicamente la regla de conducta de algunas almas privilegiadas, sino para que fuese la constante aspiracion, el molde comun á que deberian ajustarse las sociedades. El hombre en virtud de su libre alvedrío

puede optar entre el bien y el mal, entre los medios mas adecuados para alcanzar su felicidad y los mas espuestos á labrar su propio infortunio; pero al hacer uso de esta facultad, no ejercita un derecho, porque es un flagrante absurdo la sola suposicion de que pueda existir el derecho de eludir ó quebrantar los deberes que el mismo Dios ha impuesto. Así pues, de la misma manera que todo individuo está obligado á seguir la doctrina de Jesucristo tan pronto como le sea conocida, toda sociedad humana se halla sometida al deber imperioso de ser y de aparecer cristiana. No hay derecho contra el derecho del Hijo de Dios. Mas como las sociedades no tienen vida ulterior y cumplen en la tierra sus destinos, claro es que en esta misma tierra se han de verificar los efectos de la sancion penal de que Dios ha revestido sus leyes. Para el individuo hay un mas allá; las sociedades no pasan de aquí: y por lo mismo aquí se han de experimentar las consecuencias del bien ó del mal que colectivamente se ha obrado. Las sociedades no realizan mas que un fin temporal, y temporal tiene que ser su recompensa ó su castigo.

Sobre estas verdades se funda el tema que el Pro. D. Sebastian Font desarrolló con bastante amplitud, prefiriendo á las consideraciones filosóficas, áridas de suyo para la generalidad, una excursion por el campo de la historia, tarea mas agradable y comprensible para la mayor parte de los oyentes. Presentó al pueblo de Israel como tipo del pueblo cristiano, y bien sabido es que la alternativa de sus prosperidades y de sus infortunios seguia el compás del celo que manifestaba por su religion, y de los extravíos con que se abandonaba al culto de los falsos dioses. Se detuvo en el imperio romano, recordó las civilizaciones que han pasado, bajó á tiempos mas cercanos, recorrió diversas naciones europeas, y dedujo de todo ello que sea cual fuere su carácter especial, su grado de civilizacion, su forma de gobierno, sus ideas políticas dominantes, ante todo tiene que ser verdaderamente cristiana sino quiere verse duramente castigada. Todo camino que aparta de Jesucristo es una senda de perdicion, sea que lo recorran los individuos, sea que lo recorran las sociedades, y esta ley moral no está desmentida por la ley de la historia.

Concluido el discurso del celoso presbítero que con tanta deferencia accede á los ruegos y procura complacer á los asociados, un jóven que raya apenas en los quince años leyó una bonita composicion suya en prosa describiendo las delicias de la primavera en el campo, y despues el jóven D. Antonio Portas suplió dignamente la ausencia de D. Juan de la Cruz Font, luciendo su precoz habilidad en el violin, acompañándole en el piano un hermano suyo.

Esta noche disertará el Pro. D. Miguel Maura sobre *Las perfecciones de Dios*, seguirá un diálogo sobre el mismo tema, y amenizará la funcion el indicado D. Juan Font.